

**Apuntes del encuentro de responsables de Comunión y Liberación  
con Davide Prospero y Francesco Cassese  
sobre la carta del papa Francisco a todo el movimiento**

*Milán y en conexión por video desde Italia y el resto del mundo, 20 de febrero de 2024*

**Francesco Cassese.** Hoy nos reunimos –los miembros de la Diaconía de Lombardía presencialmente y los responsables del movimiento en Italia y en el resto del mundo en conexión– para comprender mejor el significado y contenido de la carta que el papa Francisco envió a Davide y a todo el movimiento el pasado 30 de enero.

Nos parecía importante organizar este encuentro principalmente por dos motivos. Primero, por la importancia y el valor que tiene esta carta para nuestra historia y, por esa misma razón, queremos evitar el riesgo de infravalorarla; y segundo, para intentar responder juntos a las muchas preguntas que han surgido tras el impacto positivo que todos hemos sentido al recibirla y leerla.

Le hemos pedido a Davide que nos ayude a comprender la carta. Después cada uno de nosotros tendrá la responsabilidad de comunicar a nuestras comunidades lo que salga hoy aquí.

Para preparar el trabajo de esta noche, partimos del diálogo que tuvimos la semana pasada un grupo de responsables a partir de las numerosas cartas y preguntas que nos llegaron y que os agradecemos. Este es el primer signo de la responsabilidad que tenemos juntos. Yo haré de portavoz de este diálogo. Quiero decir que esta carta nos afecta a todos, nadie debe sentirse excluido porque, por una parte, como dice san Pablo, somos miembros los unos de los otros, y por otra consideramos y estamos convencidos de que la carta invita a dar un paso de conciencia a todo el movimiento.

Como sabéis, esta carta tiene su origen en la audiencia que Davide, junto a monseñor Santoro, tuvo con el Santo Padre el pasado 15 de enero. Por eso empiezo pidiéndote que nos cuentes algo de ese encuentro.

**Davide Prospero.** En primer lugar, os agradezco la cantidad de contribuciones que habéis enviado porque es signo de que entre nosotros hay una cierta sensibilidad y creo que este factor es muy importante.

Recuerdo –lo recordamos todos– el famoso encuentro de Roma del Domingo de Ramos de 1975, cuando Pablo VI le dijo a Giussani en la sacristía: «Ánimo, este es el camino» (*Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 544). En aquel instante, Giussani recordó que el entonces arzobispo Montini le había dicho algo parecido a finales de los años 50, ante el resultado positivo de la Misión ciudadana en la que Giussani había implicado a todo GS: «No comprendo sus ideas ni sus métodos, pero veo los frutos y le digo: siga adelante así» (*ibidem*, p. 240). Aquel «siga adelante así» marcó todo nuestro camino, ¡cuántas veces nos lo repitió don Giussani!

Creo que hoy nos encontramos ante algo que tiene la misma importancia, porque esta carta es una confirmación y un nuevo impulso, exactamente igual que aquellas palabras. A nadie se le ocurrió entonces vociferar el «no comprendo sus métodos», porque toda la atención se centró en el «veo los frutos... siga adelante así».

Es importante que todas las preguntas que tengamos sean preguntas verdaderas, para avanzar y ayudarnos a entender cada paso del texto. Entre paréntesis, Giussani también se tomó en serio aquel «no comprendo sus métodos».

Entonces, para responder a tu pregunta: el pasado 15 de enero, monseñor Santoro y yo le contamos al Papa el camino que habían recorrido la Fraternidad y los *Memores Domini* en el periodo transcurrido desde la audiencia del 15 de octubre de 2022 en la Plaza de San Pedro; cómo hemos recogido su discurso y los pasos que hemos dado. Debo decir que me sorprendió gratamente encontrar al Papa muy consciente e informado –mucho más de lo que imaginaba– del camino que estamos haciendo y de los contenidos que hemos propuesto, por ejemplo en la Jornada de apertura de curso. Señal de que nos está siguiendo muy de cerca. Esto me hace sentir una enorme gratitud, justamente

por la desproporción que percibo: es el jefe supremo de toda la Iglesia y nosotros somos un granito de arena; sin embargo, tiene esta mirada, esta amistad con el movimiento. Esa fue la percepción que tuve.

Las palabras de la carta reflejan, de hecho, el contenido del diálogo que tuvimos con él. Por tanto, fijos de la carta y no de los artículos que circulan por los blogs...

**Cassese.** Para empezar, veo que en la carta hay palabras de ánimo y de apoyo a los pasos que estamos dando. Como decías, esto nos llena de gratitud y nos hace estar más seguros del camino que estamos haciendo. Del mismo modo, vemos que la carta se dirige con fuerza a nuestra responsabilidad. Llego así a la primera pregunta que hemos planteado para este encuentro: ¿cómo se dirige la carta a nuestra vida?

**Prosperi.** Las palabras del Papa son potentes e intensas, están cargadas de significado con respecto al tiempo que estamos viviendo. Espero por tanto que todos las leáis con atención, no solo para hacernos una idea general del contenido de la carta, sino para comprender bien lo que se señala en cada párrafo, y que acojamos estas palabras con disponibilidad de corazón, para identificarnos con la mirada que el Papa tiene hacia la experiencia de fe de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades. Es sin duda un documento muy importante, como también han indicado otras realidades eclesiales. Hemos querido publicar en la web de CL la carta que me envió Margaret Karam, presidenta de los Focolares, en la que afirma que las palabras del Papa son interesantes y útiles también para ellos.

Mi primera reacción fue, naturalmente, una profunda gratitud por la manera tan cercana en la que el Santo Padre desea acompañarnos. No tiene por qué hacerlo; al menos en mi opinión, ¡nada le obligaba a un gesto como este! Aunque sea el 70 aniversario del movimiento y el aniversario de Giussani (como cada año), una carta tan atenta y llena de ternura y, al mismo tiempo, de profunda estima por lo que hacemos es un don verdaderamente grande. Es un gesto de ánimo para que nosotros –que a veces damos pasos inseguros– volvamos a ponernos en marcha con humildad, conscientes de que caminamos en la dirección adecuada.

Quizá eso sea lo más importante, más decisivo que cualquier otra aproximación, legítima y necesaria, que debemos hacer. Estamos en el buen camino. Eso impulsa nuestra responsabilidad de manera, diría, radical. Conscientes de nuestros límites, de las pequeñeces en que nos solemos fijar, gracias a este impulso se nos abre de nuevo el corazón, que solo puede hacernos desear aún con más fuerza la conversión, siempre, en cada instante, como solemos decir y como Giussani nos indicó desde el principio.

Aquí llegamos, en mi opinión, al tema de la unidad, que es el aspecto central de la carta. De hecho, la unidad es el camino; la comunión con el Papa y la Iglesia, en primer lugar, y después con quien la Iglesia reconoce como guía del movimiento.

Si bien es cierto que la unidad es un don, es también cierto que un don al que no te adhieres, hacia el que no tienes un ímpetu de auténtico seguimiento, es un don desperdiciado. Para uno mismo y, en última instancia, para todos. Por tanto, no solo hay que valorar esta carta, sino que es muy importante comprometerse con ella, nosotros en primer lugar, y ayudar a todos a hacerlo, para que se comprenda bien cuál es su mensaje, la provocación positiva que el Papa nos hace confirmando su cercanía y que estamos en buen camino.

**Cassese.** El potencial de nuestro camino –nos decía el Papa el 15 de octubre de 2022– está aún en gran parte por descubrir. En cierto momento, la carta te anima a «continuar con el trabajo emprendido que trata de preservar una visión integral del carisma». ¿Qué quiere decir «preservar una visión integral del carisma»? ¿Qué nos hace falta para no caer en una visión parcial –el Papa dice «unilateral»– del carisma? ¿Cómo mantenernos vigilantes al respecto?

**Prosperi.** Ese es precisamente el camino que estamos intentando recorrer estos meses. En primer lugar, volver a lo que nos propuso Giussani; una mirada a la memoria del fundador (hemos vuelto al “PerCorso” en la Escuela de comunidad y en la Jornada de apertura de curso), midiéndonos con los desafíos del contexto actual. Como decía al principio, el Papa era consciente de la propuesta y del contenido de la Jornada; y precisamente refiriéndose a estas cosas subrayó que estamos en el buen camino. Del mismo modo, nuestra propuesta educativa está insistiendo en la importancia de la presencia en sus dimensiones fundamentales de cultura, caridad y misión (recordaréis que, en la audiencia del 15 de octubre de 2022, el Papa también se refirió a eso cuando habló de nuestra historia como una «extraordinaria historia de caridad, cultura y misión»). También hemos retomado el desarrollo de la presencia en el reconocimiento del valor de las obras y la ayuda mutua para intentar dar un juicio común ante los desafíos que afronta la sociedad civil. Eso, que es especialmente cierto en los adultos, también sucede entre nuestros jóvenes, en las realidades educativas (CLU, GS). La unidad es una cuestión que se pone en juego en todas las dimensiones y edades de la vida.

Este trabajo, como nos dijo el Papa el 15 de octubre, implica una determinada actitud del corazón. «Al hombre humilde, a la mujer humilde no solo le interesa el pasado, sino también el futuro, porque sabe mirar hacia adelante, sabe contemplar las ramas con la memoria llena de gratitud. El humilde genera, invita y empuja hacia aquello que no se conoce; el soberbio, en cambio, repite, se endurece [...] y se encierra en su repetición, se siente seguro de lo que conoce y teme a lo nuevo porque no puede controlarlo, lo hace sentir desestabilizado... ¿por qué? Porque ha perdido la memoria» («Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera», supl. a *Huellas*, n. 10/2022, p. 14).

La visión integral del carisma –el descubrimiento de la totalidad del carisma– es la meta constante de nuestro camino. Nunca podremos decir: «Lo tenemos en el bolsillo, lo poseemos». Lo importante es caminar en la dirección adecuada. La visión integral no es una meta que hayamos alcanzado, sino aquello hacia lo que caminamos. Al principio se nos dio un camino a seguir, no una definición que debamos aprender y repetir. Aquí quiero subrayar que me llamó la atención que el Papa, más que tratar de explicar cuál es la visión integral (enumerando los factores que hay que tener en cuenta o eliminar), nos indica cuál es el método para llegar a esta visión: seguir. Ese es el significado fundamental de la segunda parte de la carta. El método consiste en caminar por la calle principal, y el que guía indica, objetivamente, cuál es la calle principal.

Entre otras cosas, la conciencia eclesial forma parte de la integridad del carisma. En este sentido, que cada uno compruebe cómo ha reaccionado a esta carta; con gratitud, diciendo «quiero entender lo que dice y voy a preguntar lo que no entienda», o con una queja del tipo «¿qué puede decirnos ya?, ¿por qué siempre vuelve sobre lo mismo?». El carisma nos interesa dentro de la mirada global de la Iglesia. Sin ella, ni siquiera entenderíamos a don Giussani.

**Cassese.** Respecto a la invitación a evitar posturas unilaterales, varias contribuciones apuntan que es necesario aclarar más el significado de las palabras del Papa en la audiencia del 15 de octubre en la Plaza de San Pedro. ¿Qué significa unidad en la diversidad? ¿Cómo ayuda la diversidad a la unidad? Tenemos siempre a la vuelta de la esquina el riesgo de blandir la cuestión de la diversidad para afirmar nuestra propia medida o sensibilidad, como una manera de defenderse del seguimiento. ¿Podrías profundizar en el aspecto positivo de la diversidad?

**Prosperi.** Comienzo por una breve premisa. Aquí se trata de cómo ayuda la diversidad a la unidad, ¡no de cómo la unidad no impide la diversidad! Hay un orden de prioridades y tenemos que comprender en qué consiste.

Como leíamos en el cuaderno de Asís en diciembre, la comunión entre nosotros no es una muleta en la que se apoya nuestra experiencia individual de la fe. Al contrario, obtenemos de la comunión la claridad en la mirada, el horizonte inmenso, total, que Cristo introduce en nuestra experiencia humana. No es solo nuestra forma de ver las cosas. Tiene también implicaciones muy prácticas. Recuerdo que en las primeras ocasiones en que participé en encuentros de responsables, había personalidades con

un espesor y un temperamento muy fuerte en torno a don Giussani, todas diferentes entre sí: Piccinini, Vittadini, Cesana, don Giorgio Pontiggia, Negri, Baroncini, don Pino, etcétera. A veces chocaban (ahora también pasa, ¡con los que todavía siguen!). Pero veías que ese hombre disfrutaba de ver unida esa diferencia. La unidad de aquella forma de estar juntos no consistía en que todos repitiéramos el mismo estribillo a coro; si alguien disentía no lo fusilaban. ¡La unidad no viene de ahí! La comunión se da dentro de una diversidad que, no obstante (¡no obstante!), tiende al mismo fin, sigue el mismo camino, de manera que el otro se te hace indispensable, se vuelve importante, fundamental; descubres que Dios te lo ha dado porque sin él, tan diferente de ti, no llegarías a la totalidad que desea tu corazón. De otro modo no lo necesitarías realmente, tal vez lo necesitarías desde el punto de vista de tu serenidad psicológica, para hallar confirmación en él, pero no lo necesitarías para ti, para crecer, para hacerte grande y por tanto para crecer en certeza de la presencia de Cristo. Porque, como dice Giussani, al final en este camino, a través de todos los maestros que se nos han dado, descubres que el verdadero Maestro es solo uno.

Después volveré sobre esto, pero adelanto una cuestión fundamental. Cuando decimos que hay que reconocer al maestro, lo que hay que reconocer es que solo hay un Maestro.

Podríamos preguntarnos: aquella panda de personalidades tan distintas, ¿podrían haber estado juntos sin don Giussani? Hablo por lo que pude experimentar: sin duda, no. Por dos motivos que también nos afectan a nosotros ahora y no solo a los que vivieron en contacto con la personalidad de don Giussani.

El primer motivo es que no decidimos estar ahí. Nos hicimos amigos estando; probablemente ni siquiera nos habríamos conocido si alguien no nos hubiera convocado, no nos hubiera llamado a estar juntos. ¿De qué iba a conocer Piccinini a Cesana? ¿Por qué iban a hacerse amigos? Porque alguien – don Giussani en este caso – los eligió y los llamó a estar juntos. Porque todos fuimos elegidos por Otro y llamados juntos. La conciencia de uno mismo (más allá de lo que uno piense de sus propias cualidades o límites) radica en responder a esta llamada. Esto te pone junto al otro, que ha sido llamado contigo, y funda nuestra unidad, que es más grande que nuestras ideas e interpretaciones del carisma.

Pero hay un segundo motivo que vale también (igual que el primero, por lo que significan) para ahora que Giussani ya no está. El segundo motivo es que hay (la había y sigue habiéndola) una autoridad. Y esto, decía, era válido ayer, vale hoy y siempre. Es el reconocimiento de alguien que se nos da y que facilita el camino, por lo que nos conviene seguirlo. La autoridad nos lleva a seguir lo que ella sigue. El lugar de verificación no es lo amigos que somos o lo pegados que estamos a la persona que es autoridad, sino hasta qué punto aprendemos a conocer y amar lo que la autoridad está siguiendo, como nos recordaba Ratzinger en el funeral de don Giussani: «Se convirtió realmente en padre de muchos [...], por haber guiado a las personas no hacia sí mismo sino hacia Cristo» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, op. cit., p. 1233).

Es tarea de la autoridad asegurar los cauces y marcar el camino. Sin eso no hay camino. Dentro de este camino los hay que van más adelantados y los hay que se quedan atrás y hay que esperarlos. Cuando alguien va por delante y tira de los otros, la autoridad debe señalarlo y ayudar a todos a reconocer que el Misterio se está comunicando de un modo más significativo (por el momento histórico en que estamos, por su juicio frente al mundo, la Iglesia y nuestra realidad) a través de ciertas personas, ciertas figuras, que todos debemos seguir. Así el Misterio nos hace dar pasos.

Así se nos ayuda a comprender las razones del seguimiento y se nos facilita. Eso es lo propio de la autoridad: ayudarnos a tener razones adecuadas para el seguimiento, en la circunstancia en que Dios nos pide que obedezcamos. De otro modo, si no tenemos buenas razones, si no reconocemos que nos conviene seguir, nuestro seguimiento será el de unos mulos arrastrados a la fuerza, y eso no sería verdadero seguimiento.

Solo podemos tener experiencia de libertad y plenitud en la diversidad si estamos unidos en las raíces. Esta comunión se basa en que Otro nos ha llamado a estar juntos para la misión en el mundo. Cuando perdemos esto de vista, poco a poco, hasta el que había sido elegido contigo te resultará enemigo, porque representará un obstáculo para la realización de tu proyecto.

Decía Giussani: «El gran instrumento para cambiar el mundo es la unidad eclesial, no la inteligencia de la conciencia individual, la sagacidad de nuestra cultura o el progresismo del propio espíritu» (*El movimiento de Comunión y Liberación. Entrevista con Robi Ronza*, Encuentro, Madrid 2010, p. 68 nota 2).

Sin la constante referencia a nuestro estar juntos en un camino guiado, la afirmación de la diversidad se convierte en un pretexto para hacer lo que queramos y arrastrar a otros en nuestras correrías intelectuales, por fascinantes que puedan parecer. No puede haber «varias almas» (que es una manera elegante de decir «varias corrientes») en nuestro movimiento. Eso de las «varias almas» es algo más abstracto que el seguimiento tal y como lo estamos señalando; si así fuera, cuando invitaras a que alguien te siguiera, lo estarías apartando de las demás almas, especialmente del guía que se ha indicado. Ese es, exactamente, el inicio del personalismo.

**Cassese.** El Papa nos recomienda: «cuiden la unidad entre ustedes», lo que recuerda a lo que escribía Jone: «En todo este tiempo, Carras ha vivido con una preocupación y un deseo último sobre la unidad del movimiento» («Una dulce compañía», carta de Jone Echarri, 16 de enero de 2024, *clonline.org*). El libro sobre Andrea Aziani también está lleno de recomendaciones por parte de don Giussani a Andrea sobre la cuestión de la unidad y por parte de Andrea con respecto a sus amigos, primero en Siena y luego en Perú. Antes mencionabas que la unidad es un don, pero hace falta una iniciativa por nuestra parte para aceptarlo. Hay muchas preguntas acerca de esta cuestión. ¿Cómo se puede cuidar, si no es algo que hagamos nosotros, sino que descubrimos entre nosotros? Si la unidad es un don, ¿cuál es nuestra iniciativa? ¿Qué significa cuidar de la unidad entre nosotros?

**Prosperi.** Ante todo, hay que comprender la importancia de insistir en esta cuestión. Acerca de ella, el Papa nos dice que la unidad entre nosotros es la manera verdadera de custodiar la fecundidad del carisma: «En efecto, solo ella, siguiendo a los pastores de la Iglesia, podrá custodiar en el tiempo la fecundidad del carisma». Custodia de la fecundidad, ¡«solo ella»! Quiere decir que no se trata de conseguir la mejor interpretación que garantice la fecundidad del carisma, sino que se trata de la unidad. Puede parecer paradójico, porque es algo que, en cualquier caso –bien lo sabemos– no depende de nosotros. ¿Qué pintamos nosotros, entonces? No sé si nos damos cuenta, no solo de la importancia de esta afirmación, sino de su belleza, que es algo en que, por otra parte, Giussani insistió siempre, quizá con otras palabras. Digo «belleza» porque la unidad, tender hacia la unidad, siempre es posible, accesible, incluso en la peor circunstancia cuando se siente la amenaza de la división o el dolor por las divisiones que se producen. Lo que quiero decir es que esta frase del Papa nos libera de la esterilidad de algunas posiciones, de ciertos choques dialécticos.

Escuchad lo que decía don Giussani en los Ejercicios de verano en Corvara con los *Memores Domini* en 1991: «Cristo nunca llama a uno solo. Lo llama siempre dentro de un contexto. Si uno no reconoce este contexto se impone a sí mismo ante los demás [...]. En definitiva: el amor a la unidad es lo más grande y lo más duro; es el milagro más grande de una personalidad nueva. Sin ese amor a la unidad no hay milagro. [...] La unidad, el abrazo de la unidad es la primera característica, el síntoma fundamental del milagro de que Cristo ha entrado en mí. [Por el contrario] El primer signo de que Cristo está [solo] formalmente en mí y objetivamente yo me impongo es la renuncia a la unidad, [...] es la no obediencia y el no seguimiento [...]. Yo sigo a Pablo, yo sigo a Apolo, yo sigo a Cefas, yo sigo a Fulano, yo sigo a Mengano. ¡No! Sigo a Cristo, aunque en el origen Cristo se haya servido de Pablo, de Cefas, de Apolo. [...] El milagro supremo es la unidad que yo reconozco, acepto, sufro y amo con aquellos que él ha puesto a mi lado» («Pasemos a la otra orilla», Ejercicios de verano de la Asociación *Memores Domini*, Corvara, 27 de julio-1 de agosto de 1991, *pro manuscripto*, pp. 63-64). La indicación del Papa es muy precisa: lo que favorece la continuidad del carisma no es la interpretación correcta o la dialéctica que se pueda establecer entre nosotros sobre los matices del carisma, sino la unidad. Insisto en esto porque muchas veces he recibido, directa o indirectamente, preguntas o quejas sobre que se siga hablando de la unidad. Tal vez porque aún no hemos entendido lo que verdaderamente está en juego.

Escuchad lo que dice don Giussani en el libro-entrevista con Robi Ronza, juzgando uno de los pasos más dramáticos de nuestra historia (y no solo la nuestra), el 68, cuando las divisiones eran manifiestas: «Lo que primero hizo resquebrajarse esta experiencia, tras varios años de haber comenzado, fue el irse afirmando una concepción de la Iglesia en la que, sobre todo las categorías de unidad y de autoridad, eran entendidas de manera a mi juicio lábil y genérica, en todo caso distinta de la tradicional entre nosotros. [...] Según pensaba yo y algunos otros, la realidad que salva al hombre y al mundo es Cristo y su Iglesia, cuya expresión suprema y signo en la historia es la unidad de los creyentes (entre ellos y con la autoridad). Por lo tanto, ante todo, y, en cualquier caso –decíamos–, se debe salvar esta unidad con la autoridad y entre nosotros» (*El movimiento de Comunión y Liberación...*, op. cit., pp. 51, 52).

La insistencia en la unidad no es solo verdadera porque esté en los evangelios o porque lo diga Giussani. Es verdadera, ante todo, existencialmente, ¡de hecho, lo experimentamos continuamente! Cada uno puede documentarlo si piensa en su propia vida y en la de los demás. Pensemos en nuestras familias, en concreto. Es evidente que, cuando falta la unidad, uno está mal y hasta las discusiones más banales se vuelven montañas insuperables. Porque, perdonadme, si vives en una familia donde reina la división, donde unos dan la razón a la madre y otros al padre y todos están divididos, ¿qué te permite tener certeza? ¿Qué te da serenidad? ¿Te hace vivir más feliz? ¿Te hace estar abierto al futuro con esperanza? No, te hace vivir acobardado, inseguro, sufriente, ¡te paraliza! ¡Creces en la confusión! Un ser humano lleno de certeza solo puede brotar de la experiencia vivida de la unidad. Como decía, el don de la unidad requiere una iniciativa por parte de quien lo recibe, es decir, ese «cuidado» del que habla el Papa. Limitarse a decir que es un don, sin que nuestra libertad se implique, sin que haya una iniciativa nuestra, supone, de hecho, una falta de compromiso. Y entonces desperdiciamos el don, no da fruto. Giussani, cuando se refiere precisamente al «cuidado de la unidad», es muy claro en esto. «Es contraria a la idea del Dios cristiano la imagen de una potencia que arrastre automáticamente al hombre sin la iniciativa de su libertad; pues ningún gesto realizado por otros puede sustituir a nuestro libre gesto» (*El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 146).

¿Qué iniciativa se nos pide? Seguir. Sobre esto volveremos más adelante, pero quiero adelantar una cosa.

¿Qué tiene que ver el tema de la unidad con ponernos en guardia ante posibles personalismos? Esta es la cuestión. El personalismo surge cuando te concibes como el último terminal, cuando te consideras indispensable para que las personas que nos siguen puedan continuar creciendo en la fe y en el afecto a Cristo. Entonces parecerá más importante que los otros sigan a una persona determinada que el que estén en comunión con el cuerpo de la compañía, con eso a lo que Giussani llama una «compañía guiada hacia el destino». Si les inculcamos esta sospecha a los que nos siguen, los estaremos engañando. Dice Giussani: «El amor a la unidad, también visible y sensible, es el criterio para ver si se ama el Ideal más que nuestra propia visión del mismo, más que nuestra situación en la comunidad, más que a uno mismo. La persona debe aceptar por la unidad incluso la muerte» (*El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 43). He leído estas palabras para daros a entender el espesor que tenía para él este «cuidado» de nuestra unidad.

**Cassese.** ¿En qué consisten las sugerencias que se nos hacen? ¿Por qué escribe el Papa que «hace falta superar interpretaciones personalistas, lamentablemente aún presentes»? ¿Por qué insiste en cosas que ya ha dicho?

Dicen las aportaciones que hemos recibido: «Ante esta carta, así como ante las intervenciones previas del Dicasterio o las tuyas, veo que mucha gente no entiende a qué se refieren o que no quieren mirar de frente a esta cuestión. Tal vez sea el momento de aclarar las sugerencias que se nos hacen desde unos años atrás. No se trata de poner nombre y apellidos: espero que todos se den por aludidos con estas palabras porque nos afectan a todos, sin excluir a nadie. Aunque vale la pena recordar, tal vez de una manera más explícita, cuáles son los errores que hemos cometido en estos últimos años y que aún siguen presentes entre nosotros. ¿En qué han consistido?».

Todos recordamos la cuestión de la doctrina de la sucesión, a la que se refería la carta del Dicasterio de junio de 2022. Luego fue la invitación a superar la reducción de la experiencia a factores meramente subjetivos. Sobre este punto, me parece que en la Jornada de apertura de curso se han dado pasos que aclaran esto. ¿Por qué ahora el Papa insiste en algo que ya ha dicho? Una persona pregunta: «¿Cómo ayudarnos para que esto no nos pase a todos? ¿Qué evita que caigamos en este error?».

**Prosperi.** Siempre se puede caer en un error, la cuestión es volver a levantarse, como sabemos. Cuento cómo he vivido yo esta sugerencia. Gracias a la paternidad con la que nos acompaña el Papa, podemos mirar de frente estas sugerencias, no solo sin miedo, sino –me atrevería a decir– con el deseo de entenderlas cada vez más. Por otro lado, no es la primera vez que se nos dicen estas cosas. De hecho, el riesgo del personalismo (que afecta a jefes, jefecillos, etcétera) era ya una preocupación fundamental de don Giussani. No se trata de un problema que se ha inventado el Papa.

Intentemos considerar estas sugerencias por lo que son, dentro del reconocimiento de que el camino es correcto y la indicación de que nuestra tarea es cuidar la unidad. En este contexto, el Papa dice que aún hay algunos malentendidos. Ahora bien, añadido yo, tal vez estos malentendidos se deban a personas que tienen o han tenido una responsabilidad más o menos formal en nuestra compañía. Digo esto porque espero provocar en todos una responsabilidad renovada en la construcción de la obra común.

Cuántas veces oigo repetir esta objeción: «Yo en estos años he hecho una determinada experiencia, he crecido». ¡Claro! Nadie lo discute. «¿Dónde está entonces el malentendido?, ¿es que he seguido mal?». Aquí se está hablando del presente, del ahora.

Por tanto, trato de identificar las cuestiones que veo ahora y que dan pie a estas sugerencias.

Una primera cuestión tiene que ver con la afirmación de que «la unidad no es lo más importante». No hay que ocultar que, entre nosotros, hay gente que últimamente ha insistido y sigue insistiendo en que la unidad no es lo más importante porque –dicen– «hay algo que va antes, algo que es más importante». Es un estribillo que hemos oído varias veces. Y debemos pensar que la gente de buena fe que hay entre nosotros y que sigue oyendo esta afirmación, siente, al leer la carta del Papa, algo que le chirría si tiene estima por las personas que le inculcan estas ideas. Aquí se juega hasta el fondo nuestra responsabilidad, la de quien tiene una responsabilidad en el movimiento.

Si no se ama la unidad, esta no se realiza; no se convierte en historia, en criterio de nuestra vida y testimonio en el mundo. Por tanto, si ese «algo que va antes» –fundamental, porque sin Cristo no hay unidad– no se realiza en la unidad entre nosotros, si no se vuelve en nosotros seguimiento responsable de un punto último, seguirá siendo algo abstracto.

Una segunda cuestión se refiere a la relación entre autoridad y autoridad moral (que implica la figura del maestro). El Papa nos recuerda que hay que seguir al que guía. Puede parecer una cosa obvia. Pero en la experiencia diaria –no me refiero solo al responsable último–, cuántas veces corremos el riesgo de reducirlo todo diciendo: «Yo soy el que reconoce a las personas que son autoridad para mi vida». No es que esto sea un error. No hay nada de malo, en sí, en una afirmación de este tipo, solo faltaría que yo no pudiera reconocer quién tiene autoridad ante mi persona. El problema no es ese, sino que surge cuando todo se reduce a esta afirmación y empieza a sonar otro estribillo, que tiene graves implicaciones respecto al camino de reflexión que está haciendo la Iglesia sobre la naturaleza y el gobierno de los movimientos eclesiales. Podríamos resumir así el concepto que ha sido objeto de corrección: «El guía de una realidad carismática es el maestro y cada uno reconoce a su maestro». Son cosas que se siguen diciendo. «¿Por qué tiene que decir el Papa que hay que seguir a quien guía, cuando soy yo el que reconoce quién tiene autoridad para mi vida, el que reconoce dónde vibra más el carisma?», o cosas por el estilo. De esto es de lo que está hablando el Papa. Y no son imaginaciones sino cosas que al menos yo he oído, y sé que muchos otros también.

Esta idea plantea la cuestión de la autoridad moral en oposición a la autoridad, eliminando al final la diferencia entre una y otra, que es propia de la enseñanza de don Giussani, y eludiendo la *objetividad* de la relación con la autoridad en el método del seguimiento. Os ofrezco un par de citas de Giussani, muy claras al respecto.

Le preguntan a don Giussani: «¿Cuál es la relación entre la autoridad del carisma y autoridad moral personal?».

Respuesta: «Para simplificar mucho, la autoridad del carisma es la que la Iglesia reconoce. La Iglesia reconoce la responsabilidad de un carisma. La autoridad moral, en cambio, procede de la participación que uno tiene en la autoridad establecida» (*Un acontecimiento en la vida del hombre*, Encuentro, Madrid 2021, pp. 248-249).

Los que viven esa participación en quien tiene autoridad ayudan a los demás a seguir cordialmente a la autoridad. Giussani habla de participación: debes ser el primero en seguir porque, si sigues, tendrás autoridad moral. No basta decir: «Hay que seguir», porque uno debe estar implicado y participar en lo que invita a seguir. Que puede ser –de hecho, debe ser– una participación de forma adulta, incluso –si fuera necesario– dialéctica, pero siempre dentro de un seguimiento. No basta con decir: «Reconozco que se ha indicado un responsable», y luego ser nosotros los primeros que no seguimos. ¿Qué verá el que me sigue, más allá de un reclamo verbal al seguimiento? Giussani observa: «Si te reduces a una obediencia pasiva, no hay verdadera obediencia. La obediencia implica la adhesión de uno mismo por completo, con toda nuestra capacidad vital» (*El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 129).

**Cassese.** Has introducido el tema de la obediencia. En la parte final de la carta, el Santo Padre escribe: «En este periodo tan decisivo para su historia tras la muerte del fundador, dirijo pues a todos los miembros del movimiento una invitación a seguir el camino emprendido, bajo la guía de la Iglesia, y a colaborar con disponibilidad y lealtad con los que están llamados a guiar el movimiento. Solo esta obediencia, continuamente redescubierta y alimentada, podrá asegurar una experiencia cada vez más rica de vida cristiana entre ustedes y la renovación de su presencia en el mundo para el bien de toda la Iglesia».

¿Puedes ayudarnos a establecer la relación que hay entre custodiar la unidad y la obediencia? ¿Por qué seguir es razonable y no una alienación? ¿Por qué no es una limitación que ahoga nuestra libertad?

**Proserpi.** Acabamos de escuchar que para don Giussani la obediencia consiste en identificarse con las razones que otro da. Me parece evidente que eso no significa imponer una línea. La confrontación y el diálogo se dan siempre entre personas que ponen en juego su libertad. Si la libertad se une a algo, y esto nos ha pasado porque de lo contrario no estaríamos aquí, entonces no puedes dejar de desear identificarte con el que se nos pide que sigamos. Es una identificación que llega hasta este punto –son palabras de don Giussani a la Fraternidad–: «La gran regla a seguir nos la enseñó Jesús, que “se hizo obediente hasta la muerte”. La regla es obedecer hasta sacrificar nuestro modo de pensar y de sentir para adherirnos a lo que reconocemos más grande y verdadero; exactamente lo contrario de la regla mundana que es hacer lo que a uno se le antoja» (*La verdad nace de la carne*, Encuentro, Madrid 2020, pp. 110-111).

Y en otra ocasión, siempre en los Ejercicios de la Fraternidad, añadió: «Por eso, la alusión a la obediencia marca uno de los puntos capitales para la adhesión a la Fraternidad. Para ser hombres cristianos y salvarse no es necesario pertenecer a la Fraternidad; pero para pertenecer a nuestra compañía sí son necesarias algunas cosas. Lo que es ciertamente fundamental para un cambio del corazón en el sentido apuntado esta mañana es la obediencia, la obediencia a la dirección común, guiada. Yo siempre digo al Grupo adulto que la regla es una compañía guiada hacia el destino» (*Una extraña compañía*, Encuentro, Madrid 2018, pp. 55-56).

¿Qué es lo que pasa a veces? Que se dice: «Yo obedezco», pero así nos estamos limitando a afirmar simplemente: «Yo no me opongo». Identificarse sin reservas es otra cosa. Como me contaba Jone cuando ella y Carras vinieron a Italia para abrir el Centro Internacional en Roma, por obediencia a



una petición del movimiento a través de don Giussani. Jone me decía que cuando aterrizaron en Roma dijeron: «¡Hoy quemamos las naves!». ¿Pero cuándo algo así es razonable y no una alienación o una renuncia? Esto solo es posible con la condición de que uno esté seguro del camino. Sin embargo, si hay alguna duda de fondo sobre el camino, ¡no se puede! No eres capaz afectivamente, por mucho que te esfuerces. Miremos si no es así también en las cosas pequeñas. Me parece que esta es la gran cuestión que nos afecta a todos, no solo ahora sino siempre. Es uno de los problemas que tenemos que afrontar. Identificarse sin reservas es lo que Jesús le pidió al joven rico: «¿Estás dispuesto a dejarlo todo?».

Ya hemos respondido en parte a esto en la Jornada de apertura de curso. Ahora quiero añadir un elemento a la luz del recorrido que hemos hecho y de la carta que nos ha escrito el Papa. Identificarse sin reservas solo es razonable si sucede dentro de un cauce con dos orillas (como hemos aprendido desde el principio de nuestra historia). Por una parte, el corazón, es decir, la experiencia y la verificación personal. Por otra, al mismo tiempo –porque son las dos cosas–, el reconocimiento objetivo de la Iglesia (la carta del Papa es una expresión de ese reconocimiento objetivo).

La experiencia de que corresponde al corazón nos vincula al acontecimiento de Cristo. No estaríamos aquí si algo no hubiera tocado nuestra humanidad en lo más hondo, hasta el punto de hacernos decir, como san Pedro, en esos momentos en que nuestra medida se ve superada por una medida más grande: «Nosotros tampoco entendemos, pero si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que explican la vida». Apelar al corazón –como hemos dicho siempre– no significa hacer que prevalezca nuestra propia medida, sino la experiencia que motiva nuestra confianza, nuestra disposición a seguir.

Giussani, en el texto inédito que acabamos de publicar íntegro en la web *clonline*, dice: «La unidad de los creyentes es el rostro contingente, incluso banal, de esa presencia divina. E igual que entonces quien lo siguió se hizo cristiano y cambió, ahora es cristiano y cambia, cambia humanamente, quien sigue esta unidad, a la que Cristo ha dado un signo de objetividad absoluta, que es el obispo de Roma, la cabeza de la comunidad de Roma, porque todo, todo converge en él»; y un poco más adelante habla del «magisterio, que es una realidad objetiva, infalible, porque la última palabra no está en mi interpretación, la última palabra está fuera de mí, y esto es un valor implícito del cristianismo: el valor último, la verdad es una realidad fuera de mí» («El cristianismo como acontecimiento hoy», conferencia de Luigi Giussani organizada por la Asociación Charles Péguy y el Centro Cultural San Carlo. Milán, 28 de octubre de 1992, pp. VI, XI, *clonline*).

La cuestión del corazón va unida a la de la objetividad porque es lo uno y lo otro, de modo que el corazón se ve valorado verdaderamente al encontrarse con el rostro y la palabra de Cristo que te alcanza ahora, que te indica el camino ahora. ¡Justo lo contrario de ahogar la libertad!

Sobre esto, vuelvo a citar a Giussani: «Humilde y fraternalmente, os pido que sigáis siendo fieles al movimiento y no dejéis de seguir; en todo, si es posible. Nunca nos arrepentiremos de seguir; aún más cuando en lo contingente o fácilmente discutible, donde las opiniones pueden discrepar fácilmente, el apremio por seguir a quien guía y por la unidad de la compañía, antes o después, consigue siempre que salga a la luz la verdad contenida en tu opinión, que acaba siendo reconocida. En cualquier caso, mi insistencia en seguir las directrices del movimiento, en todos los ámbitos y niveles, deja indemne lo que subrayamos ayer –¡si el mismo Dios lo deja intacto!–, deja intacto el problema de la libertad» (*La verdad nace de la carne*, op. cit., pp. 68-69).

**Cassese.** Para terminar, nos llama la atención que en la carta el Papa te recomienda, a ti y a todos los miembros, cuidar la unidad y os anima a ti y a tus colaboradores. También nosotros nos sentimos llamados por estas palabras, también nosotros deseamos y sentimos que tenemos esa responsabilidad. ¿Cómo nos lanzan de nuevo a nuestra responsabilidad?

**Prosperi.** Es justa esa observación que haces. Cada vez que el Papa se refiere a mí, añade una referencia a vosotros. Cuando se te llama, también se te hace responsable. Es una responsabilidad –la mía, la vuestra y la de todos nuestros amigos del movimiento– ante toda la Iglesia.

Esta pregunta me brinda la ocasión de subrayar una última recomendación que contienen las palabras del Papa y una conciencia que ha de madurar cada vez más en nuestra experiencia. Me refiero a la cuestión de la guía en su dimensión comunal.

¿Qué significa guiar dentro de la dimensión comunal? Es algo que está en nuestro ADN: la unidad es posible, como decíamos, dentro del seguimiento a la autoridad, que para nosotros siempre ha sido una persona: hay una persona que guía, seguimos a alguien. ¿Qué tiene que ver esto con la dimensión comunal? Dicho con otras palabras, ¿qué significa que una guía es al mismo tiempo personal y comunal? ¿Por qué lo uno no quita lo otro? Si hay una persona que guía, en último término se sigue a esa persona. Lo hemos dicho muchas veces. El problema es si ese uno se expresa a sí mismo o expresa una comunión. Si miramos el recorrido que hemos hecho este año, los pasos más significativos (el trabajo de los Ejercicios de la Fraternidad, las vacaciones de verano, la Asamblea Internacional de Responsables o la Jornada de apertura de curso), han sido fruto de un juicio sobre la experiencia vivida en nuestra compañía, es decir, en nuestra comunión. Porque el que guía debe reflejar la comunión como punto al que seguir. O la autoridad se expresa en un diálogo o será autoritaria. Eso ha sido así desde el comienzo de la Iglesia. Jesús mismo inauguró este método.

En este sentido, permítidme que vuelva a citar el texto inédito de Giussani que se acaba de publicar: «Pero esa identidad ya era visible propiamente en tiempos de Cristo. Como no podía llegar a todas partes, a los pueblos que lo requerían, enviaba a los suyos de dos en dos; y ellos volvían entusiasmados, diciendo: “Maestro, lo que tú haces también lo hemos hecho nosotros; los milagros que tú haces también los hemos hecho nosotros. La gente también nos escucha a nosotros” (cf. Mc 6,7-13). El mismo fenómeno que sucedía allí donde él estaba, sucedía en los pueblos adonde iban sus discípulos. En esos pueblos adonde iban de dos en dos, ¿cómo estaba presente Cristo? A través de esos dos que había enviado. El método que Cristo utilizó para dar continuidad a su presencia entre nosotros, el método que sigue usando, ya estaba en acto cuando él vivía. A través de la presencia de aquellos que creen en él, Cristo está presente, en el sentido literal del término. Por ello, el cristianismo como acontecimiento es Dios hecho hombre y presente en la historia dentro [...] de la unidad de los que creen en él» («El cristianismo como acontecimiento hoy», op. cit., p. VI, *clonline*).

¿Cómo puedo estar seguro de que siguiendo a esta compañía guiada no me equivoco? Una característica de la guía comunal –ya lo he mencionado– en una realidad eclesial es que se reconoce objetivamente, no solo subjetivamente. Está mi propio reconocimiento, mediante la verificación de mi experiencia, y está el reconocimiento objetivo de la Iglesia. Por eso sabemos que el camino es verdadero.

Quiero terminar volviendo al principio de la carta. No he querido dejar de entrar en los detalles de cada párrafo, respondiendo a las numerosas preguntas que han surgido y que son justas, que son signo de que queremos entender, queremos estar cada vez más seguros y alegres en el camino que estamos haciendo, también por la tarea que se nos ha confiado. Lo que dice al principio es el primer motivo de gratitud, al menos yo lo he experimentado así. «Doy gracias al Señor por la vitalidad que el movimiento demuestra continuamente en su obra de evangelización y caridad con los hombres y mujeres de hoy». Nos está diciendo que da gracias al Señor porque el movimiento sigue siendo lo que es, de hecho, lo es cada vez más. En efecto, su obra de evangelización (misión) y la caridad expresan las dimensiones de la experiencia cristiana tal como las describía Giussani (cultura, caridad, misión).

El Papa no solo nos reclama a la unidad por un problema interno del movimiento, sino como un valor para toda la Iglesia, nos recomienda tomar conciencia de la gran tarea que tenemos ante la Iglesia entera y ante el mundo. Esto es algo grande. Solo ensanchando así nuestro horizonte, podremos superar los personalismos y sanar las heridas que tal vez aún siguen afectando a las relaciones dentro de nuestras comunidades. El ímpetu de la misión, del don de nosotros mismos como respuesta a la llamada que hemos recibido, nos ayuda a identificarnos con el «corazón henchido» y desbordante de don Giussani cuando subía los escalones del Berchet, dando comienzo a la gran aventura de la que formamos parte y que nos ha traído aquí esta noche.

Espero haber contribuido a aclarar un poco el contenido y el valor de la carta del Papa. Por tanto, os pido –todos los que estamos aquí somos responsables, por ese motivo me he atrevido a convocaros– que la uséis para ayudar a nuestros amigos en el paso que todas nuestras comunidades están llamadas a dar.

**Cassese.** Terminamos con una oración.

*Gloria*  
*Veni Sancte Spiritus*